

# LA OFENSIVA CONTRA LA URSS

**EDUARDO HARO TECLEN**

**L**A ofensiva de paz de los Estados Unidos en Oriente Medio en la conferencia de Camp David, y en las acciones posteriores sobre los reticentes países de la zona, dentro de un conjunto de política internacional que parece moverse a gran velocidad, hacen sospechar a Moscú que la política de cerco a la Unión Soviética pueda ser algo más que una serie de maniobras circunstanciales. Desde que en 1962 la "crisis del Caribe" se resolvió por una serie de contactos —personales y por emisarios especiales— entre el presidente Kennedy y Kruschev, y durante los episodios internacionales que continuaron desde entonces hasta nuestros días, la Unión Soviética pudo creer que los Estados Unidos habían aceptado finalmente su existencia en el mundo, y que el viejo desafío que había comenzado realmente en 1918 con la paz de Wilson para Europa —los "catorce puntos"—, que era ya un enfrentamiento con el leninismo que brotaba de Rusia, se planteaba de otra manera: es decir, dentro de unas convenciones por las cuales la URSS renunciaría a su revolucionarismo mundial y los Estados Unidos a la destrucción del régimen soviético. La concurrencia se centraba en una sordida, pequeña cooperación, y en una disputa regulada de zonas fronterizas mundiales. Pero mediante un reconocimiento tácito de que la URSS "está ahí" y no puede ser destruida. Era una política realista, que terminaba una guerra fría larga y dura en la que podía tratarse verdaderamente de "desestabilizar" —según la palabra actual— el régimen soviético, y hasta de desmontarlo por la fuerza. Hungría y Checoslovaquia fueron quizá los episodios más violentos de aquella ofensiva —sin que esto suponga una mínima duda acerca de los derechos a su propia libertad de los países de la órbita soviética—, tras los cuales se entró en un período de "détente". Moscú parece temer ahora que aquel

realismo haya terminado. Todos sus textos de estos últimos meses están impregnados de las mismas advertencias, de las mismas señales de riesgo, unas veces marcadas con el nombre de Carter, pero las más —como si aún se quisiera mantener en reserva a Carter— con el de Brzezinski, el rudo consejero presidencial que supone la máscara de la tragedia en juego con la sonriente máscara de la concordia de Cyrus Vance, el secretario de Estado. Entre todos estos escritos y palabras soviéticas, las más significativas se contienen en el discurso de Brejnev en Bakú, el 22 de septiembre. Recibía allí la condecoración de la orden de Lenin, hablaba principalmente de temas interiores —la cosecha, que este año va a ser excepcional en los cereales; la necesidad de mejorar la calidad en la producción industrial, la conveniencia de que los jefecillos dejen de ocultar los fracasos ("mienten al pueblo y al Estado y persiguen a aquellos que emiten justas críticas; amordazar la crítica es un delito que no quedará impune"), pero entró, como casualmente, en temas internacionales. Los Estados Unidos practican la "provocación", y han con-

seguido la "agravación de la situación internacional".

Los comentaristas oficiales y oficiosos de la URSS —los dos términos se confunden continuamente— parecen ahora expresar algunas dudas sobre el origen de este nuevo cerco. Parece que en un principio acusaban a Estados Unidos de haber manipulado a China, conjuntamente al Japón, para ir completando este cerco. Hay ahora lo que parece algún interés en mostrar que son los chinos los que están dirigiendo la política de cerco, y los Estados Unidos los manipulados. El interés de toda la campaña anterior sería el de hacer ver a China cómo había caído en las redes psicológicas y provocadoras de los Estados Unidos, que si alguna vez consiguieran destruir a la URSS comenzarían inmediatamente con la propia China. Esta campaña no ha dado ningún resultado —al revés, la velocidad diplomática china se ha acentuado y su ofensiva antisoviética se multiplica— y se trataría ahora de hacer ver a los Estados Unidos que, por el contrario, es China la que está jugando con ellos y terminará por arrebatarles toda Asia y, con los años por de-

lante, por implantarse en Asia.

Hasta una anécdota parece incidir en este tema. En la URSS nunca hay que considerar las anécdotas como tales: nada se produce por azar. Esta anécdota es una novela de política-ficción del escritor Semenov. Según esta novela, Oswald, el asesino de Kennedy, habría estado manipulado por los chinos en un momento en el que —como se citaba antes— Kennedy y Kruschev iniciaban la coexistencia y los Estados Unidos parecían decididos a aceptar la permanencia de una Unión Soviética enteramente comunista. China preferiría —dice el autor— la guerra nuclear a la coexistencia pacífica. En aquel caso, los chinos de Mao habrían buscado no sólo la alianza de los "duros" de Estados Unidos, para los cuales el apaciguamiento con la URSS era el principio del fin, sino el de la Mafia. Unas redes concretas unirían a la Mafia con los chinos: las de las drogas. Partidas de Asia, y fácilmente de China —según el conspensoral de "Le Monde" en Moscú, Daniel Vernet, la prensa soviética insiste cada día en que la inundación de droga en Occidente procede de China y es un



El cerco de la URSS se ha completado con el reciente viaje de Hua Kuo Feng por Yugoslavia y Rumania. En la foto, con Ceaușescu, en Bucarest.



El ministro soviético de Asuntos Exteriores, Gromyko, y el secretario de Estado norteamericano, Cyrus Vance, a la salida de una entrevista con Carter sobre la limitación de armas estratégicas.

designio político—, las drogas están distribuidas por la Mafia que tiene, por lo tanto, interés en servir a China y en evitar que cambie su régimen. De la Mafia habría partido Jack Ruby, el asesino de Oswald, que habría sido intoxicado por el comunismo chino para que matase a Kennedy... De esta forma, Mao conseguiría al mismo tiempo aumentar el odio a la URSS en los Estados Unidos y la eliminación de Kennedy como factor de la coexistencia. Las "tesis" del novelista Semenov pueden pasar impunes porque no son más que una novela; pero su enorme difusión en la URSS ayuda a esta campaña de considerar a China como la destructora de la coexistencia desde el momento mismo en que se produce y hasta nuestros días. En los que ha conseguido llevar a los Estados Unidos a su propio terreno, y que éstos influyan sobre sus propios aliados para que, al mismo tiempo que favorecen a China —que ahora es la "reconocida", la "estabilizada"—, completen el cerco a la URSS. Que se ha completado con el reciente viaje a Rumania y Yu-

goslavia del Presidente Hua Kuo-feng, con la prolongación de su viaje al Irán y el sostenimiento al Sha, aun en contra de todas las reglas de los "derechos humanos", en sus recientes disturbios: apoyo que ha llegado simultáneamente de los Estados Unidos, de China, de toda la Europa occidental sin excepciones, y de los países árabes unidos a Estados Unidos; y para Moscú, este apoyo significa sobre todo el mantenimiento de una posición estratégica de primer orden en la posible guerra armada contra la URSS. Si los acuerdos de Camp David significan más o menos la expulsión soviética del Mediterráneo a plazo no muy largo, estos acuerdos han estado también apoyados —y lo están— por China y por todos los países de Occidente.

Moscú tiene también sus "duros" y, al parecer, por lo que se deja traslucir de algunas informaciones, estos duros están dejando de estar de acuerdo con la política de Brejnev, sobre cuyo apartamiento —principalmente, por razones de salud— se especula hace varios años. Estos "duros" pre-

nizarían la sustitución de Brejnev y de algunos miembros del Buró Político y del Comité Central, por otros capaces de sustituir los intentos políticos de negociación, que se mantienen, por una ofensiva de la misma índole que la que están llevando a cabo los Estados Unidos y China. Es decir, una serie de acciones que superarán la diplomacia tradicional. Quizá en África, quizá en la misma América, apoyando abiertamente fuerzas como las sandinistas de Nicaragua, o las que pudieran surgir y movilizarse en otros países sometidos a tiranía. La reciente visita de Fidel Castro a Moscú se interpreta en algunos medios occidentales como un intento soviético de separarla de lo que podría ser un nuevo acercamiento de Cuba a los países occidentales. En este acercamiento, aparte de las relaciones continuas con Washington por los grupos de funcionarios intercambiados recientemente, habría representado un papel primordial la visita del presidente Suárez a La Habana. Mientras unos interpretan esta visita y la enorme cordialidad que la presidió como un in-

tento de Castro de conservar a España fuera de la OTAN y fuera del cerco a Moscú, otros consideran que por el contrario suponía una nueva proximidad de Castro a Occidente, y que Suárez podía ser portador de unas ofertas de Estados Unidos: incluso servir de cadena transmisora de ayuda industrial y material a Cuba que en realidad llegaría de Washington. La condición sería la de que Cuba no hostilizase la política de "democracias controladas" de los Estados Unidos en América Latina.

Hasta ahora, la respuesta soviética a la ofensiva chino-japonesa-americana ha sido muy moderada. No se sabe cuál habrá sido el verdadero contenido de las entrevistas entre Vance y Gromyko en Nueva York: los Estados Unidos parecen satisfechos de ellas, y Carter anuncia ya que las negociaciones SALT pueden quedar concluidas a fines de este año. Lo que añadiría un prestigio considerable a su imagen, ya engrandecida por el "triunfo" —no tan grande, ni tan inmediato— en Camp David, y que quedaría sobredorada por la posibilidad de que, manteniéndose intransigente frente a la URSS, haya conseguido al mismo tiempo mantener las negociaciones sobre desarme nuclear.

La posibilidad de que broten otras respuestas de carácter más violento no hay que excluirlas. Puede suceder que haya un endurecimiento soviético. Podría manifestarse desde la producción, promoción o ayuda a ciertos movimientos en Oriente Medio que tiendan a destrozarse los acuerdos de Camp David y la figura de Sadat, hasta un nuevo revolucionarismo en Latinoamérica; pasando por movimientos en Asia que comprometiesen profundamente a China.

Lo que naturalmente se ignora es la capacidad de contrarrespuesta del eje Pekín-Washington, y hasta qué punto están dispuestos estos países y sus aliados a llegar a un "borde del abismo" —como fue la política de guerra fría, en frase de Foster Dullas—; es decir, hasta qué punto cuentan con una superioridad en armas y en situaciones estratégicas globales que puedan hacer disuadir a la URSS de una acción arriesgada. En cuyo caso no le quedaría más opción que la de ir degenerando lentamente su posición internacional y, sin duda, su posición interior. Hasta llegar a una cierta reconversión de su régimen. ■